



Ambiente de nuestra Alameda, dibujo de 1926.

## LA ALAMEDA, NUESTRA ACADEMIA DE BAILE

Paco Arizcuren Labairu

Durante una larga época –décadas de los 40, 50 y 60– los bailables al aire libre de la Alameda de Gamón eran el acto más social y popular de la Villa. El baile dominguero era tan conocido que hizo a Errenteria lugar de encuentro de toda la juventud de los pueblos circundantes.

El baile al “agarrado”, moda de aquellos años, era la diversión más apetecible de nuestra juventud, que disfrutaba acompañando sus pasos a los sonos de nuestra sin par Banda, apelativo con el que la denominábamos.

Ya, A. Obeso trataba este tema en la revista de 1983, en su artículo “Momentos estelares de la Banda de música de Rentería”. También Raúl Guerra en su novela “Cacereño”, al narrar las andanzas de su protagonista, José Bajo Fernández, describe los bailes de la Alameda.

No cabe duda que la tarde de los domingos y días festivos, Errenteria era un hervidero de jóvenes procedentes de la extensa zona Irún-Tolosa.



Banda de Música de la Asociación de Cultura Musical de Rentería, 1948.

Aunque era D. José M<sup>a</sup> Iraola el director de la Asociación de Cultura Musical, fue D. Gabino Zarranz, subdirector de la misma, quien dirigió los bailables en su primera época.

Sigamos un poco el desarrollo de los actos.

El festival se extendía de 6 a 8 de la tarde en horario invernal, aumentándose media hora en el resto del año.

La Banda actuaba en tres tandas, de veinte minutos cada una, y en sus entreactos intervenía la Banda Municipal de Txistularis. Periko Lizardi, Mariano Goicoechea, José Mendizabal, además de Luis y José Gabarain, hacían las delicias de los amantes del baile a lo suelto que, agrupados en corro, seguían sus compases. Eran muchos quienes lo practicaban; quizás porque gozaban de una ventaja: no tenían el peligro de las temidas “calabazas”, ya que bastaba con introducirse en el corro para poder disfrutar del baile.

La sesión dominical era el evento de gala. Pero también los martes y jueves había sesiones de “entrenamiento y aprendizaje”, amenizadas por una gramola-tocadiscos dirigida por Manolo Celeiro. Lógicamente el ambiente no era el de los domingos, aunque casi todos los asistentes éramos locales, siempre había alguno o alguna que venía a consolidar su incipiente relación amorosa. Era costumbre que los boleros, tangos, pasodobles, etc. que tocaba la gramola estuviesen dedicados –cosa que hacía Manolo por los altavoces– y aquí surgían las anécdotas, porque algunas dedicatorias iban cargadas de guasa. Recuerdo que entre las piezas musicales había una que decía “Cabeza hinchada yo tengo...”, y era una de las más solicitadas. Eran tantos los que se daban por aludidos que Manolo tuvo que retirarla del repertorio por los líos que provocaba.

Hay un período de transición que se inicia en 1943. En esta fecha se derriba el kiosco existente, por motivos urbanísticos y la Banda pasa a interpretar los bailables festivos en la actual Plaza Xenpelar, desde un tablado. Son cuatro años de transición sin brillantez.

Y es en 1948 –el que suscribe era un chaval de 16 años– cuando, con la construcción del nuevo kiosco, la Alameda se erige en Academia de Baile. Se inicia el momento de su máximo esplendor, y autobuses y Topo, Renfe, vienen llenos a rebosar de juventud. Incluso la superficie de la Alameda se hace pequeña, llegando a bailarse hasta en la carretera. Por supuesto que no había el tráfico de ahora.

Es cierto que los cánones de la moda vigente exigían traje y corbata los días festivos. Por eso y porque había que conseguir el sí de las niñas, acudíamos al baile con nuestras mejores galas, presumiendo cada uno todo lo que podía. Puestos a la expectativa junto con tu compañero ocurría lo siguiente:

Las chicas bailaban entre sí –que no extrañe esto a los jóvenes– formando parejas y los chicos tenían que tomar la iniciativa. Es el chico quien tiene que pedir el favor del baile, es su privilegio. Lo contrario está mal visto.

Mostrando una sonrisa de oreja a oreja pregunta:

–¿Bailamos?  
–¿Faborez?

La chica observa cautelosamente, decide entre la opción de aceptar o rechazar la petición. Tiene el poder del éxito o fracaso del chico, puede llegar hasta humillarle u ofenderle, dependiendo de su timidez.

La amistad, confianza o fineza del solicitante suavizaban o adornaban el trance de la solicitud, incluso había ocasiones en que, sin mediar palabra, algunas chicas se separaban y accedían solícitas a dejarse tomar por la cintura y acompañar sus pasos al son de la melodía. Esta disposición femenina nos envanecía y satisfacía.

Pero a veces ocurría lo contrario. El caso más humillante se daba cuando, en el momento que recibías la negativa a tu solicitud, llegaba por el lado contrario una pareja de

contrincantes y obtenía la aceptación de las niñas. Te quedabas confundido y descorazonado.

Estas negativas eran las famosas “calabazas”.

Y había días aciagos que éstas se sucedían en cadena. Para poder bailar una “pieza” había que recorrer toda la Alameda porque si las *neskas* a quienes pedías el baile se habían dado cuenta de que sus “vecinas” te habían “calabaceado”, ellas no podían ser menos. Por lo tanto, tenías que alejarte o iniciar las solicitudes por otra zona.

De todas formas quienes más “calabazas” amontonaban eran los pobres soldados de Arkale, apenas se comían un rosco. No les quedaba otro remedio que recorrer los muchos bares existentes.

Casi siempre se bailaba en el mismo sitio. Todo grupo tenía su zona que, lógicamente, coincidía con la de las chicas con quienes gustaba bailar. También las parejas de novios tenían su zona, pero ésta quedaba libre en cuanto anocheaba, porque si querían tener un poco de intimidad tenían que alejarse. Aquellos tiempos...

Eran difíciles los inicios en el baile, por lo menos hasta que aprendías a bailar. El aprendizaje, por los pisotones, empujones y falta de soltura, dificultaba la aceptación femenina –casi siempre superior en la danza–, haciéndote sufrir y limitando tu actuación a los pasodobles, el baile del “uno, dos, uno dos”. Las calabazas al principio escocían un poco, pero ya experto, las tomábamos como quien ve llover.

Ahora que menciono la lluvia, recuerdo las numerosas tardes festivas que aunque cayeran “chuzos de punta”, la Banda no dejaba de tocar ni nosotros de bailar, protegidos por un paraguas que no sé por qué razón siempre lo llevaban las damas. Lo mismo sucedía en invierno, la inclemencia del tiempo era incapaz de anular nuestra afición favorita.

Cuando comento este caso con jóvenes –familiares o amigos– lamento no poderles mostrar alguna fotografía que refleje el ambiente narrado, y pueda borrar el rictus de incredulidad que se refleja en sus rostros. Continúo. No me explico cómo en invierno podíamos movernos, ellas con sus abrigos de gruesa tela y nosotros con la zamarra o gabardina encima del traje, con aquel ritmo y soltura.

Sucedía alguna vez que la chica, al acceder a nuestra petición, abría levemente su abrigo para poder introducir nuestro brazo y ceñirlo a su cintura. Nuestro agradecimiento era de corazón y no por el calor que proporcio-

naba precisamente en nuestra mano. No hace falta decir que estas chicas eran las más solicitadas, las que más éxito tenían.

Pese a que hasta ahora sólo he descrito lo bonito y agradable de aquel ambiente de diversión juvenil, es obvio que también se daban altercados que estropeaban la convivencia festiva. Rara vez te percatabas del motivo que los ocasionaba, pero muchas de las veces no cabe duda de que estaban provocados por el alcohol.

No todo el mundo es extrovertido, gracioso y dialogante; los hay también tímidos y retraídos. Muchas veces estos tímidos, para adquirir arrojo acudían al estimulante, al único propio de aquellos días, al alcohol. La dosis digerida podía estropear su propósito y sembrar el desconcerto. Eso y el reducido espacio para bailar, a causa de las aglomeraciones, provocaba situaciones como ésta:

–¡Oye, tú, no empujes!  
–¡Antes lo has hecho tú!  
–¡A ver si aprendes a bailar!  
–¡Cállate, patoso!

Proseguía el diálogo altisonante, acudían sus amigos a calmar los ánimos, pero al final todo terminaba con algunos botones arrancados y alguna “caricia” en la cara. Si actuaban los *municipales* el asunto se agravaba, ya que existía una orden gubernativa que castigaba a los culpables a pasar la noche en la Inspección Municipal y al día siguiente barrer las calles con aquellas enormes escobas que usaban los barrenderos.

Aseguraría que este castigo de barrer nunca fue aplicado en Errenteria, pero sí más de una vez en otros pueblos cercanos.

Recuerdo esta anécdota: Cierta domingo, dirigiéndome a la Alameda y a la altura del Ayuntamiento,

presenció cómo José Ramón Barandiarán, guardia municipal, llevaba a dos jóvenes, cogidos por las manos, camino de la Inspección Municipal. Llegando a la calle Capitánenea, uno de ellos dio un tirón y se escapó hacia la calle Viteri. Se paró y, mirando al que escapaba, le dijo al otro con decisión salomónica:

–Seguramente ése que se ha escapado es el culpable, así que corre tú también.

Y le soltó.

Nunca olvidaré a Eduardo Prieto interpretar con su saxofón el pasodoble *Islas Canarias*, tampoco a Gabriel Calleja con su trompeta en *Siboney*. Ambos nos deleitaban con sus actuaciones, dignas de un concierto.



Director: Valentín Manso.



Actuación de la Banda en el kiosco de la Alameda.

Capítulo aparte merece la interpretación del himno del C.D. "Touring", que la Banda hacía cada vez que nuestro club obtenía la victoria. Era una exhibición de Roca con su bombo y batería que, así como el resto de los músicos, lo interpretaban sin partitura alguna. Y es que el "Touring" ganaba tantas veces que era fácil saberlo.

Hoy en día, cuando vuelvo de presenciar un partido de mi querido club en Fandería, al llegar a la Alameda, des poblada, vienen a mi memoria muchos recuerdos imborrables de aquellos días.

Y llegó la década de los 70, la proliferación de salas de baile -"Cantábrico", "Fantasio", "Penny Lane", etc.- hizo que la juventud tomase otros rumbos y la Alameda perdie-

se su encanto, su magia. Irrumpieron nuevas formas de baile, nuevos ritmos, y los conjuntos modernos atrajeron a la juventud con su música estruendosa. Ante esta situación la Banda toma una decisión polémica y 1973 pone punto final a los entrañables y famosos bailes de Rentería.

Ignacio Lecuona fue el director de la Asociación de Cultura Musical que dirigió la última tanda de bailables. En la actualidad, como recuerdo, para disfrute de los que peinamos canas -algunos ni eso- la sesión de bailables que se nos dedica la noche del 25 de julio hace florecer nuestros sentimientos.

Recuerdos agradables, tiempos felices y juveniles, añoranza...